



Entrar dentro, y salir fuera

Horas de Sagrario

Sagrarios abandonados

¡¡¡ Gloria al Padre... Gloria al Hijo... y Gloria al Espeto Santo!!!

...asi y aguer en la terra como en el uelo...!

Alabre Trinitad de la Santa Madre Iglesia

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA  
SÁNCHEZ MORENO

*Fundadora de La Obra de la Iglesia*

# Entrar dentro, y salir fuera



## Horas de Sagrario



# Sagrarios abandonados



Ediciones La Obra de la Iglesia

*Nihil obstat:* Luis Gahona Fraga, *Censor*  
*Imprimatur:* † FRANCISCO CERRO CHAVES  
*Arzobispo de Toledo, Primado de España*  
Toledo, 13 de mayo de 2024

Separata de los libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia: «EL DÍA ETERNO» y «LA NOCHE DE LA VIDA CON SUS RÁFAGAS PROFUNDAS Y LUMINOSAS»

© 2024 LA OBRA DE LA IGLESIA

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/ Velázquez, 88

Tel.+34 91 435 41 45

informa@laobradelaiglesia.org

ROMA - 00149

Via di Vigna Due Torri, 90

Tel. +39 06 551 46 44

informa@loperadellachiesa.org

[www.laobradelaiglesia.org](http://www.laobradelaiglesia.org)

Depósito legal: M-1825-2024



*La Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia en su capilla  
El Pinar de las Rozas (Madrid) año 1976*

31-1-1967

## ENTRAR DENTRO, Y SALIR FUERA

¡Entrar dentro...! Entrar dentro de tu vida, del misterio insondable de tu Divinidad.

Entrar dentro, apoyada la cabeza en el pecho de Cristo, donde les son descubiertos a los pequeños los secretos del Padre. Secretos que son dichos al alma que es llevada allí por María; secretos que van descubriendo, a través de la humanidad de Cristo, la Divinidad.

Pero hay que entrar dentro de Él mismo; y para entrar dentro, hay que salir fuera de nosotros.

Mira que digo: «entrar dentro de Él mismo», porque Cristo es, «Él mismo», la Divinidad. Y por eso, «Él mismo», que es la Palabra del Pa-

dre, se quedó con nosotros para decirnos su vida en canción infinita de amor.

Entrar dentro de Él, y salir fuera de nosotros. Salir fuera, porque el alma que está ocupada en sí, no tiene lugar para más; está tan ensimismada en sí misma, que no puede entrar dentro, ni ocuparse en ninguna cosa. Por eso, en la medida que hagamos silencio a nuestro yo, saliendo de nosotros mismos, y hagamos silencio al mundo y al demonio, entraremos donde Dios.

¡Hay que entrar dentro, en la profundidad del Infinito...!

Dios quiere comunicarse a todas las almas, pero hay un gran obstáculo que no nos deja penetrar en esa comunicación y es el pretexto que nos engaña a todos: es el de no tener tiempo para entrar dentro de la Palabra Eterna para que nos delectee su vida.

Hay que entrar dentro en la Eucaristía, pues podemos pasar muchos ratos de oración, y quedarnos fuera... Hay que entrar dentro de nuestra alma, donde Dios está con nosotros. Y hay que entrar dentro del secreto de la creación, donde Él

nos habla en un grito de expresión reventando en manifestación creadora.

Todas las criaturitas, animadas e inanimadas, están aguardando que nosotros demos a Dios la respuesta que, por nuestro medio, Él esperaba de ellas desde toda la Eternidad. Pues de las criaturas racionales, creadas para poseer al Infinito, no solo espera Dios su propia respuesta en donación amorosa, sino también la de la creación entera al descubrirle a Él en su hermosura a través de todas las criaturitas.

¡Qué grande es la creación...!, expresión magnífica de la voluntad infinita de los Tres, que quieren reflejarse en las criaturas, para que ellas canten su canción, cada una en su medida y en su manera...

Hay que entrar dentro y contemplar al Verbo dando su razón de ser a todas las cosas.

Hay que entrar dentro y contemplar el instante-instante en el cual el Padre, en un reventón de sabiduría infinita, está expresando, en realidad verificada por su Verbo, la creación, en el abrazo común del Espíritu Santo.

Hay que entrar dentro para saber interpretar la voluntad de Dios en cada cosa y saber dar a cada criaturita su razón de ser.

Y para entrar dentro de Dios siéndose y creando, hay que salir fuera de sí.

Dios necesita que dejemos nuestra manera humana de pensar, porque nuestro entendimiento tiene que adherirse al suyo para entender a lo divino. Nuestra voluntad tiene que hacerse una cosa con la voluntad infinita, para conocer los planes eternos de Dios; y todo en nosotros tiene que cambiar su colorido por el colorido divino, para poderlo interpretar.

Hay que entrar dentro del gran misterio de la Iglesia y profundizar en la donación que, a través de la Liturgia, Dios nos ha hecho... ¡Que el gran mal de la humanidad está en que nos quedamos fuera...!

¡Ni conocemos a Cristo, ni entramos en María, ni profundizamos en el misterio de la Divinidad, ni conocemos a Dios siéndose y creando...! Y lo peor de todo es que, sin saber la interpretación de cada cosa en su raíz, vamos dando in-



interpretaciones humanas a los planes eternos de Dios, vamos poniendo nuestro matiz al matiz divino, y dando nuestra interpretación torcida a la manifestación creadora y efectuada de Dios sobre la creación.

Porque no entramos dentro y no salimos fuera, no conocemos a Dios en sí ni en sus planes, y mucho menos sabemos interpretarlos.

El confusionismo se va apoderando de todos y de todo, porque cada uno piensa según él, y no según Dios. En el colmo de la soberbia, a cada cual le parece mejor lo suyo que lo del otro, y entonces, no sólo no entendemos a Dios, sino que tampoco nos entendemos entre nosotros mismos.

Por eso, para poner a cada cosa en su sitio, hay que meterse dentro de Dios, y hay que salir fuera de nosotros. Pero como para vivir de Dios hay que morir a sí mismo, y eso cuesta tanto, se pueden contar las almas, aun las Consagradas, que entren dentro de Dios y salgan fuera de sí... Y también se pueden contar, por esa misma razón, los hombres que sepan dar una verdadera interpretación a Dios en sí y en sus planes.

Has de salir fuera de ti, y entrar dentro de Dios; y mientras no te decidas a lanzarte al encuentro del Infinito, no encontrarás tu razón de ser ni sabrás dar a las cosas su verdadero sentido.

Tú que tienes sed de hermosura, que experimentas en tu inteligencia ansias de conocer, que estás vacío ante el no ser que encuentras en lo creado, ¡lánzate al que se Es, sacrifica tu yo al Yo divino, y dile un «sí» al Infinito...!

Cualquiera que seas, el más sediento de felicidad y de plenitud, el más hambriento de descubrir y de investigar, si no entras dentro y sales fuera, estarás siempre sin saber la razón de ser del que se Es y de las cosas que por Él son.

Cristo te espera... ¡Cuántas veces Dios enseñó a mi alma para que te comunicara que tenías que entrar dentro para salir fuera! Hoy, nuevamente, en manifestación de la voluntad divina, te digo que, si no procuras entrar dentro de Cristo, de María y de la Iglesia, por una vida de profunda e intensa oración, de renuncia al yo, de salir fuera, te quedarás en el confusionismo y en el vacío de

los que nunca supieron ni sabrán dar una explicación de Dios ni de sus planes.

En el seno de la Iglesia, dentro de su regazo calentito, a través de su enseñanza, por medio de la Liturgia, en tus ratos de oración, en la intimidad de tu alma, y en esas mil maneras que el Señor ha inventado para comunicársete, hoy te pido que entres dentro, y salgas fuera.

En el Sagrario la Palabra Eterna del Padre, como camino, te espera para enseñarte, como verdad, la verdad de todas las cosas, y para llenarte, como vida, de su realidad eterna.

¡Si supieras, alma querida, lo bueno que es saber a Dios, y vivir de Él y adentrarte en su misterio...!

Dios mío, dame saber entrar dentro, y salir fuera, para que mi sed de Eternidad, mis ansias de poseerte, mi urgencia por descubrirte, mi necesidad de interpretar la creación, mis capacidades insaciables e insaciadas todavía por no haberte conocido bien, se vayan llenando a fuerza de entrar dentro de Ti, y salir fuera de mí...

¡Oh, cómo necesito entrar dentro...! ¡Cómo ansío descubrir o redescubrir a Dios siendo su razón de ser y la mía...! ¡Cómo necesito ahondarme en el misterio de su sabiduría! ¡Cómo estoy sedienta y sin Agua, hambrienta y sin hartura, en necesidad de saberte a Ti en Ti, por Ti y sin mí...! Pero ante tu contemplación, me pongo yo delante, y entonces se hace como una nube que oscurece la luminosidad luminosa de tu vida ante mi mirada espiritual...

¡Dame, Señor, una y mil veces te lo pido, el entrar en Ti, y el salir de mí...!

Navalperal, 9-5-1972

## HORAS DE SAGRARIO

Horas de Sagrario que son un encuentro con el alma herida en su caminar; encuentro amoroso del Amor que pide amor al que ama, solo para amar...

Horas de Sagrario..., ratos de silencio..., peticiones dulces, tierna intimidad...; coloquios de amores..., relación de amigo..., manifestaciones hondas de Divinidad...

Horas de Sagrario, ratos de silencio, melodías tenues en tierna añoranza que invita a adorar... Dios, que está tan cerca que, si el alma logra quedarse en silencio, siente allí el latido de su respirar...

Horas de Sagrario..., horas de misterio..., ratos de presuntos en felicidad...; coloquios de Cielo,

donde el hombre vive, en peregrinar, momentos sublimes en la Inmensidad...

Horas de Sagrario reclaman mis ansias, y hoy pido a los míos, tras mi reclamar, para que aperecieran, en tiernos coloquios, los misterios hondos de la Eternidad.

Horas de Sagrario que son un abismo, donde el alma entra para contemplar el misterio inmenso del Dios escondido tras la forma humilde de un trozo de Pan...

Horas de Sagrario, en gritos de amores hoy pide a los míos mi maternidad...

¡Horas de Sagrario, hijos de mis ansias!, que el Amor espera sin cansarse nunca, en tierno esperar...

¡Horas de Sagrario que son un «trocito» de la dicha eterna de la Eternidad!

Por eso yo busco en nuestros Hogares, en el rinconcito donde con ternura yo pongo el Hogar al Amor Eterno que se oculta humilde en nuestros sagrarios bajo las especies de un poco de Pan, calores de amores, ternura y remanso, frescura y consuelo, ambiente de hogar... Y siempre

en las casas que pongo al Eterno, busco rodearlas de gran bienestar, para que olvidemos las cosas rastreras, y gustemos todos en nuestros sagrarios un rato de gloria con la Trinidad.

Es mi deseo que en nuestros Hogares nuestras capillas sean acogedoras; tan calentitas en el invierno y tan fresquitas en el verano, tan cómodas, tan familiares, que seamos capaces de vivir en la tierra, en nuestros ratos de oración, un presunto, una cercanía, un saboreo o una preparación de Eternidad.

Nuestros ratos de oración han de ser un rato de gloria, de intimidad con el Eterno, de contacto con la Felicidad infinita; un rato de descanso espiritual en nuestro largo peregrinar.

Y por eso, como nuestro día eterno será un día glorioso de oración perpetua, que es lo mismo que de contacto con Dios en eterno, yo quisiera que todos los míos, cuando fueran a orar, fueran con el pensamiento de pasar en la tierra un rato de Eternidad con el Eterno; y para eso, quiero rodearles de aquel ambiente que más les haga

olvidar todo lo de acá, para ser capaces de vivir del más allá.

No hagan nunca de la capilla un lugar de penitencia. No cojan posturas incómodas, aunque sí recogidas y respetuosas; estamos ante el Dios vivo para escucharle, para apercibirle, para consolarle, para amarle, para recibirle, para pasar con Él un rato de Eternidad, una agonía de Getsemaní o una crucifixión de Calvario, o para escuchar una explicación de su Misterio...

Y para todo esto, es necesario salir de nosotros mismos, olvidarnos, perdernos de vista, y buscar todos los medios necesarios para introducirnos en Dios del modo, de la manera o del estilo que más nos ayude a vivir de Él, con Él y para Él, sin nosotros y fuera de nosotros.

Para esto hay que evitar todo lo que sea ruido de puertas, movimientos innecesarios, salidas o entradas inoportunas, y todo aquello que interrumpa a nuestro espíritu y rompa el silencio exterior, el cual ayuda al interior para vivir el misterio silencioso del Dios escondido.

Alma querida, busca el silencio y haz silencio a tu alrededor para que encuentres, en el silencio



de la soledad, al Eterno Silente; y procura ayudar a que este silencio sea extensivo a todos los que, en nuestros ratos de oración, buscamos silenciarnos junto a nuestros sagrarios en presunto de Eternidad.

Son mis ratos de Sagrario los presuntos del Eterno, mis alegrías de gloria, mis apetencias de Cielo...

Son mis ratos de Sagrario donde, en penares de duelo, lloro con mi Dios penante, recojo sus desconsuelos, apercibo sus martirios, y me consumo en sus fuegos...

Son mis ratos de Sagrario donde mi espíritu abierto recibe la omnipotencia de los poderes inmensos; donde me siento fecunda, donde abarco el Universo, donde llego a todas partes para llenar la misión de mi espíritu sediento...

En mis ratos de Sagrario, penetrada del Inmenso, irradio por todo el mundo las canciones de mi Verbo.

Son mis ratos de Sagrario añoranzas en tormento, por no encontrar al que ansío tras la luz de su misterio...

Son mis ratos de Sagrario, en claridades de Cielo, o en oscuridades tristes, los que llenan las cavernas torturantes de mi pecho.

Busco a Dios del modo extraño que se nos da en el destierro, en alegrías de gloria, o en soledades de invierno... ¡Pero no importa al que ama con nostalgias del Eterno esperar día tras día, cuando sabe que un Sagrario es la puerta de los Cielos!

Por eso busco en mi vida, en mis noches y en mis duelos, en mis torturas de muerte, en mi martirio incruento, en mi espera prolongada y en la noche del invierno, cuando me cubre la helada, cuando me ataca el infierno, ¡tras las puertas del sagrario, la abertura de los Cielos...!

¡Qué me importa que no sienta, ante mi sagrario abierto, si la antorcha de la fe, como luciente lucero, me dice que ese Pan es la gloria del Eterno!

Por eso, busca, hijo mío, con incansables desvelos, con agonías de muerte y aun con torturas de infierno, largos ratos de Sagrario, aunque tan solo apercibas, dentro de la oscuridad, la tragedia del Dios muerto...

¡Busca ratos de Sagrario, sin buscar más que al Eterno, sin esperar más que a Él, sabiendo, por la esperanza, que al fin se abrirán los Cielos...! ¡No te canses, que el amor no conoce el desaliento!

Por eso, ora incansable ante tu sagrario abierto, donde el Señor se ha quedado en un pequeño Sustento, para que tú le buscaras con esperanzas en fuego...

¡Ora incansable, hijo mío, que mi corazón, herido por las voces del Eterno, hoy te lo pide amoroso con mis clamores en celo...!

¡Ora incansable, hijo mío, dándole a Jesús consuelo!

17-9-1960

## SAGRARIOS ABANDONADOS

Dios es todo amor..., ¡y qué amor...!

Para podernos decir cómo Él se es amor, el Increado se encarna, expresándonoslo en un grito amoroso de expresión divina por su naturaleza humana.

«Antes que el mundo existiese y que fuesen creados los montes y los valles, Dios nos amó»<sup>1</sup>.

Nos amó porque nos conoció en nuestra miseria, en nuestra nada. Y tan eterna e infinitamente quiso comunicarnos su amor, que «el Hijo, el Resplandor de la Luz divina, figura y sustancia del mismo ser del Padre»<sup>2</sup>, coeterno con Este e igual que el Padre y el Espíritu Santo, en el au-

---

<sup>1</sup> Cfr. Sal 89, 2.

<sup>2</sup> Cfr. Heb 1, 3.

gusto misterio de la Encarnación se nos ha dado, «a fin de que, conociendo a Dios bajo formas visibles, fuésemos atraídos por Él al amor de lo invisible...»<sup>3</sup>.

Ya está el Verbo Encarnado, en Belén, en Nazaret, en Betania, en Getsemaní y en el Calvario, dando un solo grito que, al unísono, es oído en el Cielo y en la tierra: ¡Amor!

Amor canta naciendo, predicando y muriendo; pues toda la vida de Jesús durante su paso por la tierra no fue más que un momento presente, vivido en tal intensidad, que fue un grito en expresión cruenta e incruenta de amor al Padre y a sus hijos, los hombres.

Y tanta necesidad tiene Dios de comunicárse-nos, que se hace Pan, Alimento, para que podamos saborear y alimentarnos con ese Pan de vida que ha bajado del Cielo solamente para traernos el conocimiento y amor de aquel seno adorable que nos dice por el Espíritu Santo: «En caridad eterna te amé»<sup>4</sup>.

---

<sup>3</sup> *Misal Romano*. Prefacio de Navidad I.

<sup>4</sup> Jer 31, 3.

Ya ha dado Dios la muestra mayor que puede darse al hombre: la única Complacencia del Eterno, Aquel ante el cual los Ángeles atónitos adoran en anonadación total, abrasándose en el fuego infinito del Espíritu Santo, nos ha sido dado hecho Pan de vida.

Sí, Dios nos ha dado a toda su Complacencia para que nos traiga la vida divina que arde en el seno de la adorable Trinidad.

Y el que «nos amó con caridad eterna», «amán-donos hasta el fin»<sup>5</sup>, dice en expresión amorosa por su Palabra-Amor: «El que me ama observará mi doctrina, y vendremos a él y pondremos en él nuestra morada»<sup>6</sup>. ¡Promesa máxima y suprema del amor de Dios para con el hombre...!

Aún le pareció poco morir en la cruz y quedarse en la Eucaristía, hecho Pan de vida, que, haciéndose consorte de nuestra humana y flaca naturaleza, pone en nosotros su morada de asiento, haciéndonos templos vivos de Dios y moradas del Altísimo.

---

<sup>5</sup> Cfr. Jn 13, 1.

<sup>6</sup> Jn 14, 23.

Moradas, sagrarios vivientes donde la Paternidad, cubierta con el velo de su virginidad eterna, está engendrando a la Luz eterna de su misma Claridad en el Beso virgíneo y recatado de la boca divina del Espíritu Santo...

«Dioses sois e hijos todos del Altísimo»<sup>7</sup>, en su Trinidad de Personas, que, en su inmutabilidad silenciosa de amor infinito, se nos da gratuitamente, por una bondad de su misericordia divina, en comunión constante y en alimento de vida trinitaria para nuestras almas.

Somos templos vivos de Dios y moradas del Altísimo.

En el interior hondo de nuestra alma se está siendo la Contemplación infinitamente sapientísima de Sabiduría sabrosa en Amor eterno; y se lo es precisamente para ti, ya que, al morar Dios en tu espíritu, te hace templo vivo y custodia en la que Él quiere manifestarse en Palabra divina de vida infinita a los hombres.

El Padre está en tu alma diciéndote su Palabra. Y esa Palabra divina, dicha en silencio, por la om-

---

<sup>7</sup> Sal 81, 6.

nipotencia infinita de la sabiduría del Padre, está constantemente tomando posesión de ti, fructificando para la vida eterna, para que, haciéndote con Él palabra viva, seas, según la imagen del Verbo de la Vida, pregonero del serse del Ser.

La Palabra infinita que se está escribiendo y deletreando en tu alma para que tú, a tu vez, leyéndola, la aprendas, es dicha por la sabiduría del Padre, en la sabiduría sabida del Verbo, en un Amor mutuo infinitamente deleitable, saboreablemente amoroso, y en tal perfección, que es un Beso, el Beso infinito con el cual se están besando el Padre y el Hijo en su comunicación simplicísima; Beso de Amor que se están dando mis divinas Personas en su Trinidad Una en su mismo serse Persona-Amor el Espíritu Santo.

Y ese Beso divino que la boca eterna de mi Dios se está dando, al dárselo en el hondón hondo de mi alma, yo lo estoy apercibiendo, saboreando y participando de tal forma que me estoy haciendo beso del besar divino para besar a Dios.

Toda esta vida trinitaria de amor infinito y de unión amorosa se es en mi alma en gracia por



una bondad del Amor bueno que, como tal, se derrama sobre sus criaturas.

¡Oh Padre...!, que estoy apercibiéndote en el hondón hondo de mi alma donde moras para tu gloria y descanso de mi *alma-Iglesia*.

Y ahí, en ese mismo punto-punto secreto, donde solo Dios mora, yo estoy apercibiendo esa mirada infinita de la Eterna Sabiduría, que está dando a luz, en claridad infinita de luminoso resplandor, al Verbo...

Pero como esa Palabra, coeterna con el Padre, es dicha en su Beso infinito de amor eterno, yo estoy también, por si fuera poco, apercibiendo, recibiendo y saboreándome en el Beso eterno que el Engendrador divino y el Engendrado infinito se están dando...

Soy besada con esa misma Boca que, al besar-me a mí, besa a los hijos que Dios para su gloria incrustó en mi seno; y, viviendo con ellos de esta vida trinitaria que para mí y en mí se está obrando, siento necesidad urgente de dar un grito de amor, por mi Verbo, en toda la Iglesia, que, como

un lamento y desgarró de mi alma enamorada, llegue a todos los hijos que el Amor me diera:

¡Hijos, que somos templos vivos de Dios y morada del Altísimo...! ¡Que es necesario que seamos conscientes de la inhabitación de la Santísima Trinidad en nosotros, en tal intensidad y plenitud, que hagamos de nuestra vida un solo momento presente, en amor, y este sea el de la Familia Divina morando en nuestras almas...!

¡Y todo esto, vivido inconscientemente! Pocas almas hay en las que se encuentra Dios un descanso de amor, un remanso de paz y un solaz donde confortablemente Él reciba la correspondencia de amor que de ellas esperaba...

Podemos llamar a muchas almas, en verdad, «sagrarios abandonados»; con una responsabilidad terrible, porque el sagrario será más o menos rico, pero no tiene alma, no tiene vida, mientras que nosotros, hechos «hijos de Dios» y «conformes a la imagen de su Hijo»<sup>8</sup>, somos la morada donde Él quiere poner su Cielo en la tierra, no

---

<sup>8</sup> Rm 8, 14. 29.

encontrando, a veces, más que desprecios, olvidos e incomprensiones y abandonos...

Al alma en gracia que no procura vivir consciente su filiación divina, se le puede llamar en verdad: «sagrario abandonado...».

Hemos oído hablar del abandono tristísimo de los sagrarios, pero ¡poco se nos dice del abandono, aún más triste, más desolador, más desapercibido, menos conocido y, por lo tanto, menos reparado, del sagrario de nuestras almas...!

¿Cuántos actos de amor haces al Dios de «TU SAGRARIO», a ese Dios Uno y Trino que en el interior de tu ser se está siendo en un instante de vida trinitaria solamente para ti?

¿Has pensado alguna vez en el abandono en que se encuentra Dios en el corazón de sus hijos...? ¿Sabes que hay «templos vivos» del Altísimo, sagrarios palpitantes, almas que en toda su vida apenas hacen un acto de amor, y por lo tanto que en esas custodias el Señor es el perpetuo abandonado?

Tú, al menos, ¿vives en intimidad amorosa, lo más conscientemente que puedes, con el Dios

del cual eres sagrario vivo, y el cual mora en tu alma solamente para ti..., para hacerte participar de su misma vida, el que te está diciendo su Palabra divina en silencio, para que tú la apercibas y, con ella, te hagas palabra viva que le expreses, ames y beses; pues, de tanto serse amor en el centro de tu alma, en tu sagrario, ¡en el tuyo!, Dios se es Beso que te está besando incesantemente en donación de amor, y es espera amorosa de tu respuesta en beso para el Beso eterno de la Sabiduría divina...?

Si tú no procuras vivir consciente este misterio de la inhabitación de la Santísima Trinidad en tu alma, eres «un sagrario abandonado», y el amor que tú no le des a Dios en tu sagrario nadie se lo dará...

Porque, en los sagrarios de las iglesias, los cristianos hacen actos de amor, comuniones espirituales, y como son el sagrario común del pueblo o de la ciudad, Dios en ellos algún amor recibe; pero en el de tu alma, donde ESTÁ SOLAMENTE PARA TI, lo que tú no hagas, no lo hará nadie; y si tú, por tu vida de tibieza, de distracción y de olvido, no vives consciente este dogma

terrible de que eres templo vivo del Omnipotente y morada del Altísimo, se te puede llamar en verdad: «sagrario abandonado», empolvado y, tal vez, destruido...

Hazle a Dios, que mora dentro de ti, un Cielo en la tierra; no para tener tú el contento de gozarle a Él, sino para que Él tenga la alegría y el gozo de encontrar un sacrario más en el cual pueda descansar en amor mutuo y en comunicación recíproca; y solo así podrás ser descanso y morada digna del Altísimo, llenando el plan para el cual Dios te hizo templo vivo e hijo suyo.

Sacerdote de Cristo, alma Consagrada..., nosotros, padres y madres de todas las almas, vayamos con el Dios Trino y Uno que mora en nuestro interior, e, introduciéndonos en todas las almas en gracia y en aquellas que son «sagrarios» más «abandonados», digámosles esa divina Palabra que se está sembrando en nosotros, impulsados por el amor del Espíritu Santo; para que, ante la vibración de la boca divina que las besa, se levanten del letargo espiritual en el cual viven, y hagamos de todas ellas sagrarios vivos, pal-

pitantes de amor, que sean descanso y consuelo para el corazón de Dios, en los cuales Él pueda encontrar SU CIELO EN LA TIERRA.

Yo con el Espíritu Santo, con mi Amor bueno, deposito un beso divino en todos los «sagrarios abandonados» del mundo, desde el principio de este hasta su fin, para que Dios tenga el descanso de haber recibido respuesta de amor de cada alma; y quiero ponerlo con el matiz de cada una, ya que a Dios le gusta recibir de cada alma su amor, según su propia fisonomía y característica.

Y con este Beso del Espíritu Santo, con el matiz de cada hijo de Dios, damos un beso en aquellas entrañas engendradoras del Padre, reventando en Palabra infinita, en el amor del Espíritu Santo; de tal forma que el mismo Espíritu Santo está besando al alma y está recibiendo su mismo Beso con la fisonomía de cada una, para que mi Dios, Uno en esencia y Trino en Personas, tenga el contento de haber encontrado en todos sus hijos un Cielo en la tierra.

Dios mío, acabo de comulgar, y estoy impresionada con el pensamiento de tantos «sagrarios

abandonados» en todo el mundo y en todos los tiempos...

Es una verdad dogmática terrible ver cómo cada alma en gracia es un sagrario vivo del Dios invisible, y que por vivir nosotros tan materializados, somos sagrarios en los cuales Dios es el Eterno Solitario... ¡Realidad terriblemente desoladora...!

¡Oh Jesús, nos lamentamos del abandono de los sagrarios metálicos, sin cuidar tal vez de acompañarte en el sagrario viviente y palpitante de nuestras almas...! Y esto, a veces en tal grado, que, si por un momento viéramos el interior de ella, moriríamos de pena ante tanto «polvo», «telarañas» y otras mil cosas feas, proporcionadas por nuestras imperfecciones...

¡Allí mismo..., en este lugar casi abominable por tanta suciedad, la Blancura por esencia y la Belleza Infinita está morando de asiento en su Trinidad Una, diciéndonos en su Palabra de Fuego: «Hijo, dame tu corazón...»!

Nuestro Dios Encarnado se ha quedado en los sagrarios de las iglesias con nosotros para que le acompañemos; y el Amor ha puesto su morada

en nuestras almas para que vivamos en intimidad y en comunicación con la Familia Divina, siendo este camino corto para encontrarse en breve, en esta vida o en la otra, con la cara de Dios.

Acompaña al Solitario de tu sagrario-alma, para que Dios tenga el contento de tener un Cielo más donde descansar en la tierra.

Es necesario ahondarnos tan profundamente en el piélago insondable del Dios escondido que mora dentro de nosotros, que lleguemos a sorprenderlo en la intimidad cálida de su vida trinitaria, y nos encontremos introducidos en la luz del Resplandor divino del Padre, abrasados en las infinitas llamas del Espíritu Santo... ¡Y todo esto en el interior de tu alma donde solamente para ti Dios mora...!

Un solo momento presente vivamos durante toda nuestra vida, y sea el momento, siempre antiguo y siempre nuevo, en el cual el Eterno está con su infinita Palabra, en el Beso consustancial de su boca divina, siéndose en nuestra alma solamente para nosotros, en aquel eterno instante de actividad trinitaria en vida unitiva, para que nosotros seamos, en el ímpetu del Espíritu San-



to, abrasados y unificados en tal transformación, que se pueda decir en verdad: «Dioses sois e hijos todos del Altísimo».

¡Oh Amor...! ¡Amor...!, que yo necesito hacer de toda mi vida un momento presente de recopilación, recibiendo la generación eterna del Verbo, para hacerme con Él Palabra eterna que exprese a Dios...

¡Que yo necesito vivir un solo momento presente que sea contemplar en claridad virgínea al Eterno Sol rompiendo en Luz eterna...! ¡Y necesito contemplarlo y expresarlo en el Beso infinito del Espíritu Santo, porque tengo exigencias eternas de amar al Infinito, de besar a mi Trinidad...!

Para esto, mi Amor, yo beso en tu boca y en tu mismo seno, con tu mismo serte el Beso de Dios, aquellas entrañas divinas que en mi alma de virgen-madre rompen en un grito de eterna Canción...

¡Canta fuerte, alma mía..., canta fuerte al Amor...! ¡Canta fuerte la vida de aquel eterno Sol...! Porque mientras más cantes, más correrán

las almas a hundirse en aquel punto de la vida divina en el Beso de Dios...

¡Toda mi vida un canto para cantar a Dios, para cantar su gloria, para cantar su amor...!

Un canto que, con Cristo, en sangrante pregón, vaya agotando al alma hasta que rompa en sangre solo por cantar: ¡Dios...!

¡Oh Amor...! ¡Amor...!, haz de mi vida un solo momento presente en el cual yo me esté actuando de tal forma que no tenga más vivir ni más alimento que sustentarme de tu vida divina en ese instante-instante de actividad trinitaria que se está obrando en mi alma...

¡Oh qué vida tan eterna es el seno de mi Dios, que de tanto serse vida las entrañas infinitas de mi divino Amador, está engendrando, engendrando a la Luz de su sustancia, a su eterno Resplandor, en un Beso suave, santo, de infinita donación...!

¡Oh qué misterio tan hondo en mí está obrando el Amor...!: es el misterio divino del serse de mi Señor; misterio que es un instante en que el eterno Amador, de tanto serse en su hondura,

está rompiendo en Canción; Canción que, por ser besada con las entrañas de Dios, está impulsando a mi alma para que rompa en canción...

¡Que no puedo más...! ¡Que mi alma es toda un beso de amor...!, ¡que el Amor me abrasa, que el Amor me besa, para que yo cante muy fuerte, muy alto en la Iglesia de Dios...!

¡Todos rostro en tierra, en adoración...!, contemplando atónitos en nuestras pobres almas el instante-instante de serse el Amor...

Alma que esto oyes, ¿tú sabes que Dios, para que tú seas palabra divina que expresas amor, se está en ti diciendo con su Beso eterno en su boca buena, en la misma boca de su ser de Dios...?

¡Vive tan solo para este momento presente, en tu alma, del engendrar Dios...!

¿No ves que el Inmenso, haciéndote templo de su ser eterno, se te regaló tan eternamente y con tanto amor, que te hace morada de su serse Dios...?

¡Haz de tu vida un canto, una canción de amor, una mirada sola para mirar a Dios, un beso tan

virgíneo que, en el divino amor, seas amor con Cristo que cante amor al hombre y cante amor a Dios...!

Sea tu vida un instante, un momento presente, ¡el momento de Dios...!

Vive tan solo atenta en ese instante-instante que es en cada momento, allí en tu corazón, el serse inagotable de aquel eterno Sol.

¡Oh Amor...! ¡Amor...! ¡Amor...!, ¡que yo te he visto en tu seno!, ¡en tu vida, mi Señor, reventón de amor dichoso rompiendo en Beso de Amor...!

¡Que yo te he visto en tu hondura, en tu Trinidad de Amor...!, ¡tan solo por serte bueno, oh mi divino Amador...!



¡¡ Jesús, en el mismo lecho...:  
en la misma cruz los dos...!!

*Madre Trinidad de la Santa Madre Iglesia*